



Vejez y sexualidad femenina en la antigua Roma: un acercamiento desde la literatura

Old age and female sexuality in ancient Rome: an approach from literature

Sara Casamayor Mancisidor^{1, @}

¹Universidad de Salamanca. España.

@Autor/a de correspondencia: saric@usal.es

Resumen

Silenciada porque se pensaba inexistente y objeto de insulto y mofa por considerarla inadecuada, la sexualidad femenina en la vejez resulta difícil de rastrear en las fuentes literarias clásicas. El objetivo del presente artículo es ver cómo representaron los autores de época romana (ss. II a.C. – II d.C.), la sexualidad en la vejez de las romanas, cuál fue para ellos el estereotipo de mujer mayor sexualmente activa y qué mecanismos se emplearon para su marginación en la sociedad. Para ello, comenzaremos señalando las dificultades a las que se enfrenta una investigación como la que desarrollamos y definiremos qué consideramos que constituía la vejez femenina en la antigua Roma. Partiendo de que toda mujer romana debía ser moderada en su sexualidad para poder ser considerada como pudica, veremos cómo ello es especialmente importante en el caso de las mujeres mayores, quienes al no poder cumplir con su papel de reproductoras de ciudadanos debían deshacerse de todo comportamiento sexual. Quienes transgredieron la norma fueron ridiculizadas, animalizadas, rechazadas por la sociedad. Surge así un estereotipo de mujer vieja libidinosa, en ocasiones rica, a la que se caracteriza como un monstruo, y que suele aparecer asociada a la brujería o a oficios de mala reputación. La mujer mayor sexualmente activa, por lo tanto, se aleja de la imagen positiva que generalmente se piensa que tenían los romanos sobre sus mayores, mostrando solamente una cara negativa, lo que permite, por otro lado, ahondar en las diferencias de género existentes en la sociedad romana. Al estudiar cómo fue construido este estereotipo y cuáles son sus significados sociales y políticos, pretendemos comenzar a llenar el vacío existente en el conocimiento de la vejez femenina en la Antigüedad.

Palabras clave: Vejez, sexo, mujer romana, estereotipos.

Abstract

Silenced because it was thought it did not exist and object of insult and joke because it was considered as inadequate, female sexuality in old age is difficult to trace in the classical literary sources. The aim of this article is to see how Roman authors (II cent. BC – II cent. AD) represented women's sexuality in old age, what was the stereotype of sexually active old woman and what were the mechanisms used to their social marginalization. We will start pointing out the difficulties faced by our research, and defining what we believe that ancient Romans understood by female old age. Assuming that every Roman woman should be moderate in her sexuality to be considered pudica, we will see how this was particularly important in the case of old women, who being unable to fulfill their role as citizen breeders, had to get rid of all sexual behavior. Those who transgressed the norm were ridiculed, animalized, rejected by society, emerging a stereotype of lustful old woman, sometimes rich, who is characterized as a monster, and who usually appears associated with witchcraft or disreputable jobs. Sexually active old woman, then, moves away from the positive image that is generally thought Romans had on their elders, showing only a negative face, thus allowing us to deepen into the gender differences that existed in Roman society. By studying how this stereotype was built and what were its social and political meanings, we intend to begin to fill the existing gap in the knowledge of female old age in Antiquity.

Keywords: Old age, sex, Roman woman, stereotypes.

INTRODUCCIÓN

Si hablamos de sexualidad en la vejez, la idea mayoritaria será que las personas mayores carecen de ella, y que aquellas que muestran indicios de no haberse deshecho de la libido presentan un comportamiento reprobable, incluso “enfermo” (Freixas Farré y Luque Salas, 2009: 192)¹. De hecho, en 1886 el psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing daba el nombre de *paradoxia* al deseo sexual experimentado en etapas de la vida en las que, debido a los procesos fisiológicos que acontecen en el sujeto, dicho deseo no debería existir, refiriéndose a la infancia y la vejez (Krafft-Ebing, 1939: 55-61)². Junto con la *paradoxia*, Krafft-Ebing identificaba otras tres categorías de desvíos sexuales: la *anesthesia* -escasez de deseo sexual-, la *hyperesthesia* -el deseo excesivo- y la *parestheria* -el deseo sexual sobre un objeto equivocado. A pesar de que los dos ejemplos de la *paradoxia* que aparecen en *Psychopathia Sexualis* son extremos, del libro se desprende que toda aquella muestra de sexualidad que se da en una edad avanzada se considera como desviada (Krafft-Ebing, 1939: 52).

Casi un siglo después, Masters y Johnson (1966) demostraron en su conocido estudio sobre la sexualidad humana que la vejez no es obstáculo para la actividad sexual, y que ésta no supone, en los mayores, ningún tipo de desviación o comportamiento antinatural o enfermo. De hecho, actualmente se cree que las capacidades físicas para mantener relaciones sexuales no se ven alteradas de forma significativa hasta los 80 o incluso 90 años, siempre que no exista alguna patología incapacitante (Weg, 1983: 7-8); lo cual no significa que haya desaparecido la concepción de que la sexualidad en la vejez es algo inexistente e inapropiado (Cabrera Barbero, 2009; Freixas Farré y Luque Salas, 2009: 192). Se trata de una idea que perdura incluso en los centros geriátricos, donde al no disponer en muchas ocasiones de habitaciones individuales, no se dan espacios para las manifestaciones de intimidad afectivo-sexual de los mayores, a pesar de que se ha demostrado (Cabrera Barbero, 2009) que un alto porcentaje de las personas mayores mantiene, al menos esporádicamente, relaciones sexuales³.

Por otro lado, la vejez interacciona con el género, de forma que se convierte en una etapa más difícil para las mujeres que para los hombres. Mientras que existe un modelo de hombre maduro, incluso anciano, que sigue manteniendo un gran poder, ya sea económico, político o cultural, en el caso de las mujeres esta visión es prácticamente inexistente (Stone, 2013: prefac.). Es por ello que Simone de Beauvoir (1996: 321) creía que la supuesta desaparición de la sexualidad en la vejez supone un golpe más duro para las mujeres que para los hombres, ya que, si bien en el caso masculino surgen obstáculos de tipo biológico –siendo el más conocido el de la impotencia–, para la mujer las consecuencias son de tipo social, al haber sufrido durante toda su vida la condición de objeto del deseo

sexual del hombre. Así, por ejemplo, se considera que los hombres maduran, mientras que las mujeres envejecen, lo cual dificulta que éstas acepten su propia imagen corporal a medida que avanzan en edad (Freixas Farré y Luque Salas, 2009: 192-196). Dentro del sistema de pensamiento patriarcal, las mujeres envejecidas pierden sus dos papeles principales en la sociedad, engendrar nuevos ciudadanos y saciar la sexualidad masculina, por lo que se convierten en seres socialmente inútiles.

Gracias a los avances del feminismo y de las políticas de igualdad, la vejez femenina ha adquirido espacios de representación, de debate y de análisis. Uno de estos espacios lo constituye el movimiento denominado *conscious ageing*, el cual anima a valorarse con los años que uno tiene y trata de poner de manifiesto la importancia que para la sociedad tienen las personas mayores, especialmente las mujeres (Stone, 2013: prefac.). Por otro lado, diversos especialistas de múltiples campos del conocimiento han dedicado sus esfuerzos e investigaciones a tratar temas relacionados con las mujeres mayores durante las últimas décadas. En el caso concreto de la Historia, son varias las obras que de modo general abordan el tema de la vejez desde la perspectiva historiográfica (Minois, 1987; Johnson y Thane, 1998); sin embargo, la vejez femenina y la relación entre género y vejez son aspectos sobre los que se cierne un vacío que crece a medida que retrocedemos en el devenir histórico (García González, 2006: 17)⁴. Para las sociedades de la Antigüedad, la dificultad de encontrar fuentes que nos hablen directamente de la vejez femenina ha generado que ésta aparezca como un breve apartado o como referencia intercalada en obras dedicadas a la vejez o a la mujer (Dean-Jones, 1994; Cokayne, 2003; Parkin, 2003; Huebner, 2013; Shelton, 2013; López Pulido, 2015). El objetivo del presente artículo es, por lo tanto, el de reducir en una pequeña parte el mencionado vacío aportando una visión general de cómo se abordaba, pensaba y definía en la Roma antigua la sexualidad femenina en la vejez desde el punto de vista de los escritores de época clásica (ss. II a.C. – II d.C.). La elección de un periodo tan amplio se encuentra motivada por la escasa cantidad de textos antiguos disponibles para acercarnos al tema que aquí se aborda, una amplitud cronológica que de la misma forma han justificado otros autores (Cokayne, 2003: 5; Parkin, 2003: 8) en sus estudios acerca de la vejez en la Antigüedad.

VEJEZ Y SEXUALIDAD FEMENINA EN ROMA: ESTABLECIENDO EL OBJETO DE ESTUDIO

Para la sociedad romana, al igual que para la cultura occidental hasta hace no demasiado tiempo, el único papel relevante que podía ocupar la mujer era el de la gestación, concepción y crianza de nuevos ciudadanos. Por ello, y la institución del matrimonio de por medio, el objetivo de la sexualidad femenina era la procreación. Así, lo que verdaderamente interesaba de las mujeres al Estado romano era su capacidad física para reproducir el cuerpo de ciudadanos (Martínez López, 1994: 171), lo que hacía que la vida de las mujeres se dividiera en dos grandes etapas, antes y después del matrimonio, siguiendo un sentido

1 Un ejemplo de lo que la prensa y diversos grupos de edad opinan sobre la vejez lo encontramos en Santamarina Vaccaai (2011).

2 La obra original fue publicada por Rebman Company en 1886.

3 Frecuencia que varía dependiendo del estado civil del individuo, encontrándose la abstinencia asociada, sobre todo, a las mujeres viudas, lo que indica que éstas siguen percibiendo el matrimonio como único espacio posible para la sexualidad (Cabrera Barbero, 2009).

4 Para el caso de la Antigüedad, encontramos excepciones en Harris (2000) y Mencacci (2006) entre otros.

estrictamente biológico, al contrario del ciclo vital masculino, marcado por la vida pública. Es de esperar, entonces, que el sexo en la vejez se convirtiera, en el caso de las mujeres, en un tema omitido, que se pensaba inexistente porque carecía ya de propósito, o incluso repudiado, en referencia al hecho de que, liberadas de la posibilidad de embarazo, las mujeres romanas se hicieran dueñas de su sexualidad y buscaran en el sexo solamente el disfrute personal. Se generó así en Roma un estereotipo de mujer madura físicamente repulsiva y sexualmente activa que perseguía a los jóvenes y abusaba del vino. Una imagen negativa que, por otro lado, se opone a la opinión generalizada de la sociedad romana como una que debía una especial reverencia a la ancianidad (Plescia, 1976:167; Luce 1993: 362; López Pulido, 2008: 8; Torrego, 2014: 212-213).

La sexualidad femenina en la vejez estaba marcada en Roma por el silencio⁵, aplicado doblemente: por un lado, porque se consideraba que la vejez debía ser una etapa libre de sexualidad; por el otro, porque la sexualidad se encontraba en Roma a disposición del varón adulto y ciudadano romano, único que podía disfrutar activamente de ella, y el papel del sujeto pasivo –fuera mujer, fuera otro hombre– era, en un principio, el de mero receptor (Richlin, 2013: 302). Por ello son pocas las fuentes literarias que nos hablan directamente de la sexualidad femenina, y menos aún de aquella que acontece en la vejez (Falkner y Luce, 1989; Mattioli, 1995), lo que nos obliga a ceñirnos a géneros con características muy específicas como son la sátira o la poesía de temática amorosa. Además, estas fuentes se encuentran fuertemente condicionadas, ya que como señala Eva Cantarella, “*las descripciones masculinas de los comportamientos femeninos ligados a la sexualidad son, en realidad, juicios fuertemente condicionados por una ideología que no reconocía a las mujeres el derecho a la sexualidad*” (1995: 115).

Al abordar cómo era vista la sexualidad femenina en la vejez en época romana, debemos comenzar por matizar qué consideramos como vejez femenina en Roma. ¿A qué edad entraba una mujer romana en la vejez? ¿Cuáles son los criterios a tener en cuenta para calificar a una mujer como vieja y no como adulta cuando la distinción no viene dada por las propias fuentes? En las sociedades occidentales actuales, la frontera entre la madurez y la vejez la establece la jubilación o, en todo caso, la edad con la cual la población trabajadora accede a la misma. No obstante, incluso un criterio que puede parecer tan objetivo necesita de matización. En primer lugar, porque la edad de la jubilación no es la misma en todos los estados occidentales y dentro de un mismo estado puede variar a raíz de nuevas legislaciones. En segundo lugar, porque la cultura de la eterna juventud en la que actualmente vivimos inmersos, con anuncios televisivos y artículos de revistas que sugieren a las mujeres de 30 años que comiencen a aplicarse cremas antiedad, provoca que veamos la vejez como algo negativo, como “*un estatus social bajo con escasa capacidad de influencia social dada la consideración de inutilidad*” (Giró Miranda, 2011: 24), y que se haya intentado retrasar todo lo posible la pertenencia de un individuo a dicho grupo⁶.

5 Sobre la relación entre silencio y mujer en Roma, Casamayor Mancisidor (2015). Sobre la relación activo-pasivo en la sexualidad romana, Walters (1997) y Palacios (2014: 94-95).

6 Actualmente se tiende a dar comienzo a la vejez a los 50 años y se distingue entre 3ª y 4ª edad, siendo la primera el intervalo entre 50 y 75 años, en

En tercer lugar, porque si no conocemos la edad exacta de la persona, y dependiendo además de la propia edad del observador, un sujeto puede ser calificado o no como viejo según factores como su aspecto físico, su manera de vestir, su forma física, su manera de pensar y actuar... y, finalmente, porque la propia vejez no es más que una construcción social con base en hechos biológicos, y por tanto una realidad subjetiva. Por otro lado, no cabe duda de que una persona de 80 años, a pesar de que sea capaz de correr una maratón y no muestre ninguno de los síntomas que se asocian con la vejez, ha entrado ya en esa etapa de la vida.

Así, y para el caso de la Roma antigua, cuando Cicerón (*Sen.* 3.23) nos habla de Caerelia, muerta con más de 100 años, o Valerio Máximo (8.13.6) y Plinio (*HN* 7.48.158) aluden a Livia, fallecida a los 97 años, sabemos que se trata de ancianas. Del mismo modo, forman parte del grupo de la vejez todas aquellas mujeres que son así caracterizadas en las fuentes, a pesar de que no conozcamos su edad exacta. Para el resto de los casos, suele seguirse un criterio similar al de la jubilación actual, tomando como punto de inflexión el momento en el cual la mujer deja de cumplir su función principal para la sociedad en general. En consecuencia, si como ya se ha señalado, el deber principal de una romana era el de dar al Estado nuevos ciudadanos, su vejez comenzaría en el momento en el que ya no podía asumir esta responsabilidad; es decir, con la menopausia, fenómeno que se ha establecido en los 50 años de media, con una amplia variación entre los 35 y los 60 (Diers, 1974: 935)⁷, una edad que se ve respaldada por ser la misma que Augusto puso de límite a las mujeres para concebir en su legislación sobre el matrimonio y la familia.

El que una mujer romana pusiese fin a su etapa procreadora no significa que ya no le restase ningún papel que cumplir para con la sociedad, ya fuera en el ámbito familiar como esposa, madre, abuela, etc., o en la esfera pública. Así, es conocida la influencia que Cornelia ejerció sobre sus hijos hasta que ambos fueron asesinados, o la buena educación que Ummidia Quadratilla proporcionó a su nieto (Plin. *Ep.* 7.24). Por otro lado, Hemelrijk (2012) ha identificado los títulos ficticios de maternidad (de ciudades y de *collegia*) como honores concedidos a mujeres maduras, que probablemente eran madres biológicas y que, a pesar de que no pudieran ocupar posiciones de poder real en la sociedad, sí que gozaban de prestigio y autoridad en sus comunidades, como es el caso de la viuda Salvia Marcelina (*CIL* VI, 10234). No obstante, y en lo que a la sexualidad se refiere, la llegada de la menopausia suponía, según el criterio de la sociedad romana, el cese de toda actividad. Si las jóvenes casaderas y las *matronae* ya debían tener una sexualidad comedida y limitada al matrimonio, manteniendo así intacta su *pudicitia*⁸, la situación de las mujeres que

los cuales comienzan a ocurrir ciertos cambios que preconizan la vejez, y la segunda a partir de los 75 años, cuando se empiezan a experimentar problemas físicos y mentales derivados de una edad avanzada (Giró Miranda, 2011: 24).

7 Cokayne (2003: 1-3) sugiere un intervalo de edad de 40-50 años como frontera para la vejez femenina, empleando también la menopausia como criterio. El mismo umbral para la vejez es el que propone Esperanza Torrego (2014: 210).

8 Para los diversos aspectos que la *pudicitia* jugaba en la sociedad romana, Langlands (2006).

habían alcanzado la vejez era más limitada si cabe. No ocurría lo mismo en el caso masculino, ya que, si bien se consideraba que la apetencia sexual disminuía con la edad (Cic. *Sen.* 14.47; Prop. 3.5.23-24), se admiraba la capacidad de algunos hombres para concebir en edades avanzadas (Mart. 4.50); un ejemplo bien conocido es el del rey Masinisa, quien al morir, a la edad de noventa años, dejó vivos al menos una decena de hijos, uno de los cuales tenía cuatro años (Ap. *Pun.* 106; Liv. *Per.* 50.5-6; Plin. *HN* 7.14.61-62). No obstante, nos encontramos con autores que creían que la sexualidad en la vejez era perjudicial incluso para el hombre, ya que la eyaculación hacía que el cuerpo del anciano, ya de por sí más frío que el del joven, fuera incapaz de recuperar el calor que perdía con la expulsión del semen (Sor. *Gyn.* 1.30). Además, la libido podía apartar al romano de otras actividades más propias de la vejez, como la reflexión o el disfrute de la familia (Cic. *Off.* 1.34.122-123 y *Sen.* 13.44; Ov. *Am.* 1.9.4; Tib. 1.1.70-75).

A continuación nos proponemos caracterizar la sexualidad femenina en la vejez a partir de las fuentes literarias, eminentemente poéticas y satíricas, del periodo clásico romano (ss. II a.C. – II d.C.), centrándonos en cómo ésta era presentada por los autores clásicos, sin ahondar en otros aspectos que aquí se omiten por cuestiones de espacio pero que también deben ser investigados, como el punto de vista de la medicina o de las fuentes iconográficas o, más difícil, tratar de averiguar cómo vivían su propia vejez las mujeres romanas (Bertman, 1989: 169).

INSACIABLE, REPUGNANTE, Y ANIMAL: ESTEREOTIPOS DE LA SEXUALIDAD FEMENINA EN LA VEJEZ

A pesar de que las fuentes escritas no le dediquen una atención especial, Suzanne Dixon (2003) sugiere que el amor y el sexo fueron componentes deseados y existentes dentro del matrimonio romano. Si unimos a esta idea el deseo de tener un matrimonio largo y feliz (Plin. *Ep.* 4.19.5; Mart. 4.13.9; *CIL* VIII, 12613) el afecto y la sexualidad debieron estar presentes en aquellos casos en los que los cónyuges consiguiesen envejecer juntos, aunque los autores clásicos no nos hablen de ello. No obstante, dada la diferencia de edad existente en los matrimonios romanos y el hecho de que las mujeres que consiguieran sobrevivir a sus años fértiles serían más longevas que los hombres, muchas mujeres romanas vivirían su vejez en viudedad. Este hecho propició la creación del estereotipo de vieja rica libidinosa a la que seducían jóvenes que buscaban obtener beneficio de su fortuna (Juv. 1.37-40; Mart. 4.56 y 11.29). Por otro lado, y como indican Marcial (3.76) y Propertio (2.15.21 y 4.5.59-60), sólo las mujeres jóvenes eran, desde el punto de vista del varón romano, dignas del amor:

“¿Por qué, Ligeya, mesas tu decrepito coño? ¿Por qué atizas los rescoldos de tus propios despojos? Tales primores están bien en las jóvenes; pero tú ya ni vieja puedes parecer. Eso, créeme, Ligeya, no resulta bonito que lo haga la madre de Héctor, sino su esposa. Te equivocas si te parece éste un coño: la polla ha dejado de interesar por él. Por tanto, Ligeya, si tienes vergüenza, no pretendas mesarle la barba a un león

*muerto”*⁹ (Mart. 10.90).

Las alusiones a la sexualidad de la mujer mayor se convirtieron en un tema frecuente en la poesía clásica, en la cual el poeta asume el papel de un amante que, o bien se ríe de una mujer con la que se relacionó un día porque el paso del tiempo la ha convertido en una anciana repugnante, o bien insulta a la mujer que lo rechazó prediciendo cómo la tratará el paso del tiempo (Bertman, 1989: 164), tal y como hace Propertio (3.25.11) con Cintia, a quien desea el agobio de los años y el rechazo que conllevan las canas y las arrugas. Otro ejemplo de los estragos que causa en la mujer el paso del tiempo nos lo da Horacio, quien augura a Lidia un futuro sin amantes:

“Ya no llaman con golpes tan frecuentes a tus cerradas ventanas los jóvenes atrevidos, ni alteran tu tranquilo sueño; la puerta, que giraba a todas horas sobre sus quicios, ama permanecer quieta en los umbrales, y oyes menos veces de día en día este estribillo: «¿Duermes, Lidia, dejando perecer a tu amante?». Muy pronto serás vieja sin atractivos, y llorarás en la silenciosa calle los desprecios de tus insolentes adoradores, expuesta al viento de Tracia que se desata en la luna nueva. Entonces los ardientes deseos del amor, que suele enfurecer a las madres de los potros, abrasando tus llagadas entrañas, te arrancarán hondos gemidos, al ver cómo la juventud alegre se corona de verde hiedra y mirto resplandeciente, y arroja las guirnaldas marchitas a las frías ondas del Euro” (*Carm.* 1.25)¹⁰.

Lidia, ahora hermosa, sufrirá pronto los efectos de los años, los cuales eliminarán su atractivo y su sexualidad. Su vida se volverá triste, y será objeto de mofa y rechazo, al igual que su cuerpo, considerado obsceno. La vejez se convierte, entonces, en motivo de exclusión social, ya que la única mujer bella es la *puella*, tal y como deja patente de nuevo Horacio (*Carm.* 3.15) al referirse a Cloris. Si se da el caso de una mujer madura atractiva, se señala además de la excepcionalidad del mismo (Apul. *Met.* 1.7.7).

No obstante, el ataque más feroz hacia la vejez femenina lo encontramos los *Épodos* 8 y 12 de Horacio, que por considerarse obscenos han sido eliminados sistemáticamente de las traducciones de la obra horaciana hasta hace poco:

“¿Y pretendes que enerve mi vigor por complacerte, vieja impúdica, montón de años, podrida hace un siglo, que tienes los dientes negros, la frente surcada por las arrugas de la decrepitud, y como vaca rijosa despides un hedor nauseabundo entre las escuálidas nalgas entre las que bosteza el año deforme de una vaca indigesta? ¿Piensas que

9 Traducción de José Guillén. *Quid vellis vetulum, Ligeia, cunnum? Quid busti cineres tui lacessis? Tales munditiae decent paellas — Nam tu iam nec anus potes videri; Istud, crede mihi, Ligeia, belle. Non mater facit Hectoris, sed uxor. Erras, si tibi cunnum hic videtur, Ad quem mentula pertinere desit. Quare si pudor est, Ligeia, noli Barbam vellere mortuo leoni.* Los textos originales han sido tomados de The Latin Library, <http://thelatinlibrary.com/>.

10 Traducción de Ana Pérez Vega. *Parcius iunctas quatunt fenestras iactibus crebris iuvenes proterui nec tibi somnos adimunt amatque ianua limen, quae prius multum facilis movebat cardines. Audis minus et minus iam: ‘Me tuo longas peregnt noctes, Lydia, dormis?’ Invicem moechos anus arrogantis flebis in solo levis angiportu Thraco bacchante magis sub interlunia vento, cum tibi flagrans amor et libido, quae solet matres furiare equorum, saeviet circa iecur ulcerosum non sine questu, laeta quod pubes hedera virenti gaudeat pulla magis atque myrto, aridas frondes hiemis sodali dedicet Euro.*

me seducen tus pechos fofos nacidos como las ubres de una yegua, tu vientre blanducho y los flacos muslos que sostienen tus hinchadas rodillas? Que seas opulenta, que precedan en tu entierro las imágenes triunfales de tus antepasados y no haya matrona que se pasee adornada de perlas más hermosas; pues bien, no me importa que los libros de los estoicos anden entre tus almohadones de seda. ¿Acaso la gente tosca y sin letras muestra menos pujanza y siente menos el ardor de *Venus o menos languidecen sus encantos? Si pretendes excitarlos, lo conseguirás con los refinamientos que sabes trabajándome con la boca*¹¹ (Hor. *Epod.* 8).

Una escena parecida se representa en el *Épodo* 12:

“¿Qué pretendes de mí, vieja dignísima del amor de un negro elefante? ¿A qué me regalas y envías tus billetes si ya no soy un joven vigoroso, ni he perdido el olfato y sé percibir, con la sagacidad del perro valiente que descubre dónde se oculta el jabalí, el pólipio de tus narices y el hedor de tus velludos sobacos? ¡Qué sudor transpiran tus débiles miembros, y qué olores tan repulsivos exhalan por doquier cuando en lúbrica actitud te dispones a satisfacer tu arrebatada *lujuria aunque mi pene esté flojo! Ya la fresca greda y el color que produce el excremento del cocodrilo resbalan por tu rostro, y en tus violentos espasmos haces temblar la cama y el suelo, y con estas coléricas palabras increpas mi flojedad: «Eres más hombre con Inaquia que conmigo. Con ella trabajas toda la noche, conmigo te rindes a la primera embestida. Maldita sea Lesbía, que me proporcionó en ti un hombrecillo, cuando yo buscaba un robusto toro y estaba en posesión de Amintas de Cos, cuyo ardor nunca extinguido oprimía mi cuerpo con la fuerza de un árbol recién plantado arraiga en la tierra. Los mantos, dos veces teñidos de púrpura de Tiro, ¿para quién los vestía yo? Por ti solo. Deseaba que ninguno de tus amigos se vanagloriase de ser más querido de su amante que tú; pero ¡cuán desdichada soy! Huyes de mi presencia como el cordero del hambriento lobo y la cabra del león»*¹².”

Ambos fragmentos presentan a mujeres mayores sexualmente activas y, por ello, *impudicae*, transgresoras de la norma sexual impuesta a las mujeres romanas, según la cual debían mantener una actitud carnal comedida, restringida al matrimonio y la procreación. Estas mujeres presentadas por Horacio no sólo tienen una sexualidad activa, sino que

además lo hacen en una etapa vital en la que el objetivo no es la reproducción, sino la simple búsqueda de placer, una actitud reservada al varón. Se trata de una imagen que destaca sobre todo en el *Épodo* 12, en el que la mujer se jacta de sus muchos amantes y se muestra contrariada porque el hombre a quien ella desea huye de su compañía. Un comportamiento que era de esperar en un hombre pero no en una respetable *matrona*, alterando así los roles de género establecidos, lo que generaría en el lector no sólo repulsa sino también risa. En los mismos términos presenta Marcial a Vetustila, de quien ridiculiza tanto la actitud como el físico:

“*Cuando tienes trescientos consulados, Vetustila, y tres pelos y cuatro dientes, pecho de cigarra, piernas y color de hormiga; cuando tienes una frente más arrugada que tu estola y unos pechos que parecen telarañas; cuando los cocodrilos del Nilo tienen estrecha la boca comparada con la abertura de la tuya, y croan mejor las ranas de Rávena, y es más dulce el zumbido de los mosquitos de Venecia, y tu vista alcanza lo que alcanzan las lechuzas por la mañana, y hueles a lo que los machos cabríos, y tienes la rabadilla de una ánade flaca, y tu coño le gana a huesudo a un viejo cínico; cuando el bañero, apagadas las luces, te permite entrar mezclada con las prostitutas de los sepulcros; cuando para ti es invierno en pleno agosto y ni una calentura puede quitarte el frío, tienes la osadía de querer casarte después de enviudar doscientas veces y pretendes como loca calentar a un hombre con tus cenizas. ¿Qué, si lo pretendiera la losa de Satia? ¿Quién te llamará compañera, quién mi oísla, a ti, a quien hace poco Filomelo había llamado abuela? Y si te empeñas en que hagan cosquillas a tu cadáver, que se prepare un lecho de los del comedor de Acoro, el único que le va a tu himeneo, y que el incinerador presente las teas a la recién casada: solamente una antorcha funeraria puede penetrar en semejante coño*¹³ (Mart. 3.93).

La repulsa y la risa se ven reforzados mediante la animalización de la *anus*. Como recurso lingüístico, la metáfora zoomorfa, frecuente en todas las lenguas, tiende a ridiculizar y subhumanizar al individuo objeto de la misma (Echevarría, 2003). Este tipo de metáforas, frecuentes en el mundo romano (Morgado García, 2011: 19), afectan especialmente a las mujeres en base a la relación que la mentalidad patriarcal ha establecido entre mujer y naturaleza, y dado que su capacidad de gestación y su supuesto instinto maternal son rasgos que tienen en común con la mayor parte de las especies animales. En el caso de los *Épodos* y el pasaje de Marcial, la animalización contribuye, por un lado, a destacar la sexualidad desmedida de las tres mujeres a través de la comparación con especies que los romanos

11 Traducción de Ana Pérez Vega. *Rogare longo putidam te saeculo, viris quid enervet meas, cum sit tibi dens ater et rugis vetus frontem senectus exaret hietque turpis inter aridas natis podex velut crudae bovis. Sed incitat me pectus et mammae putres equina quales uvera venterque mollis et femur tumentibus exile suris additum. Esto beata, funus atque imagines ducant triumphales tuom nec sit marita, quae rotundioribus onusta baxis ambulet. Quid? Quod libelli Stoici inter Sericos iacere pulvillos amant, inlitterati num minis nervi rigent minusve languet fascinum? Quod ut superbo provoces ab inguine, ore adlaborandum est tibi.*

12 *Quid tibi vis, mulier nigris dignissima barris? Munera quid mihi quidve tabellas mittis nec firmo iuveni neque naris obesae? Namque sagacius unus odor, polypus an gravis hirsutis cubet hircus in alis quam canis acer ubi lateat sus. Qui sudor vietis et quam malus undique membris crescit odor, cum pene Soluti indomitam properat rabiem sedare, neque illi iam manet umida creta colorque stercore fucatus crocodili iamque Subando tenta cubilia tectaque rumpit. Vel mea cum saevis agitat fastidia verbis: 'Inachia langues minus ac me; Inachiam ter nocte potes, mihi Semper ad unum mollis opus. Pereat male quae te Lesbía quaerent taurum monstravit inerterem. Cum mihi Cous adesset Amyntas, cuius in indomito constantior inguine nervos quam nova collibus arbor inhaeret. Muricibus Tyrrii iteratae vellera lanae cui propebantur? Tibi nempe, ne foret aequalis inter conviva, magis quem diligeret mulier sua quam te. O ego non felix, quam tu fugis, ut pavet acris agna lupos capreaeque leones!'*

13 *Cum tibi trecenti consules, Vetustilla, et tres capilli quattuorque sint dentes, pectus cicadae, crus colorque formicae; rugosiorum cum geras stola frontem et araneorum cassibus pares mammae; cum comparata rictibus tuis ora Niliacus habeat corcodilus angusta, meliusque ranae garriant Rauennates, et Atrianus dulcius culix cantet, uideasque quantum noctuae uident mane, et illud oleas quod uiri capellarum, et anatis habeas orthopygium macrae, senemque Cynicum uincat osseus cunus; cum te lucerna balneator extincta admittat inter bustuarias moechas; cum bruma mensem sit tibi per Augustum regelare nec te pestilentia possit: audes ducentas nuptuire post mortes uirumque demens cineribus tuis quaeris prurire. Quid si Sattiae uellit saxum? Quis coniugem te, quis uocabit uxorem, Philomelus auiam quam uocauerat nuper? Quod si cadauer exiges tuum scalpi, sternatur Acori de triclinio lectus, halassionem qui tuum decet solus, tustorque taedas praeferat nouae nuptae: intrare in istum sola fax potest cunnum.*

consideraban especialmente activas en el plano sexual, como la yegua (Ael. NA. 4.11) y, por el otro, a resaltar la fealdad de las ancianas. Así, se las compara con los pulpos por su olor corporal o con el ano de una vaca por su fealdad, y se alude a que la única forma de tener un encuentro sexual con ellas y olvidar su horrible aspecto es hacerlo de la manera en la que los romanos creían que copulaban los elefantes, ano contra ano. Por otro lado, la fealdad de las mujeres viejas no sólo se expresa mediante su animalización, sino también refiriéndose a la flacidez de su cuerpo, a su delgadez, a su falta de dientes, y a los cosméticos que emplean para ocultar su edad (Mart. 3.93; Juv. 6.190-199). Las arrugas de su cuerpo, fruto de la sequedad propia de la vejez, aluden metafóricamente a su sequedad interior (López Pulido, 2015: 89); esto es, a la infertilidad debida a su edad. Sus órganos sexuales se exageran para hacerlos repulsivos, y se señala su humedad, lo que para los romanos se entendía como una falta de autocontrol y una expresión de lascivia (Cokayne, 2003: 140). Las relaciones sexuales con ellas se igualan a la necrofilia en Marcial: *“Matrinia, me preguntas si puedo hacerlo con una vieja: pues sí, con una vieja sí; pero tú eres un cadáver, no una vieja. Puedo con Hécuba, puedo con Niobe, Matrinia; pero... si aquélla aún no se ha convertido en perra, ni ésta es aún una piedra”*¹⁴ (3.32).

De esta forma, la ridiculización que se hace del aspecto externo de estas mujeres sirve para demostrar que *“el paso del tiempo será el encargado de destruir y a su modo vengar a aquellos que abusaron del poder que les daba su belleza o encanto”* (Iacub, 2004: 85). Además, se trata de un tema que trasciende a lo político, ya que la actitud agresiva con respecto a la sexualidad femenina en la vejez se relaciona con la inquietud que sentía la élite romana en relación con la figura de la mujer independiente -la cual rompería con la tradicional concepción de la familia-, así como con la preocupación por la moralidad de dirigentes como Augusto (Stratton, 2007: 97 y ss.).

Otro tema común en la literatura latina es el de la prostituta envejecida que se dedica a la tarea de *lena* o a quien se recomienda que desempeñe ese oficio por no ser ya deseable para vender su cuerpo. Mientras que las prostitutas y las cortesanas jóvenes y bellas podían escoger a sus clientes, las viejas debían conformarse con aquellos que estuviesen dispuestos a someterse a sus repulsivas caricias (Mart. 7.75). Así, por ejemplo, la cortesana Lidia, a quien ya nos hemos referido, no tendrá nadie que llame a su puerta cuando avancen los años. Lo mismo le ocurre a Lice, ya vieja, de cuyos dientes negros y exacerbada libido huye Cupido (Hor. Carm. 4.13). A las cortesanas, entonces, se les sugiere que se retiren de su oficio antes de sufrir las consecuencias de la vejez.

No obstante, no son sólo las mujeres de baja extracción social o con oficios no respetables quienes se atreven a desarrollar su sexualidad en la vejez, sino que también algunas *matronae* buscan la compañía de hombres. Especialmente destacable es en este sentido el caso de las viudas ricas, a quienes se acercaban jóvenes que les ofrecían sus servicios sexuales a la espera de recibir parte de la

herencia (Apul. *Apol.* 91.5-8). La anciana sexualmente activa, sobre todo si es rica, se percibe como un elemento que menoscaba la estructura de la sociedad patriarcal romana al distanciarse de la tradicional figura de la *matrona pudica* y ocupar espacios de poder -económico y sexual- asignados al varón. Es por ello que, a diferencia de lo que ocurre con el resto de fuentes relacionadas con la vejez romana, en las cuales se aprecia claramente una división entre actitudes positivas y negativas hacia los viejos (Parkin, 2003: 59), el rechazo de la sexualidad en la vejez es absoluto. No obstante, debemos tener en cuenta que los autores que nos presentan la actitud sexual de estas mujeres mayores lo hacen desde su posición como *viri*, como hombres cultos de la élite, el Uno por excelencia del mundo romano para el que todo lo demás supone la Alteridad; por lo tanto, se trata de juicios de valor altamente condicionados y que expresarían estereotipos que corresponden a la forma en la que la sociedad esperaba que se comportasen las mujeres mayores.

Por otro lado, si la vejez impedía disfrutar de la sexualidad propia, se podía a ayudar a la *domina* o la hija a que llevara la suya más allá del matrimonio. Surge así la figura de la esclava o la suegra que busca amantes y ayuda a la adúltera a que el esposo no descubra la transgresión (Apul. *Met.* 9.15; Plaut. *Cist.* 49-50 y *Curc.* 96-140), ya sea motivada por la maldad inherente a la mujer, la cual se hace más acusada en la vejez, o por la recompensa esperada, normalmente vino con el que calmar la tristeza derivada de su condición de anciana. En este sentido se expresa Juvenal cuando escribe que:

*“Si vive tu suegra, desespera ya de la concordia. Ella enseña a su hija a divertirse con los despojos de marido empobrecido, le enseña a contestar de modo fino y elegante los billetes que le manda el seductor; ella, la suegra, es la que engaña o sujeta con dinero a los esclavos. La esposa entonces, a la que nada duele, manda llamar al médico Arquígenes, y se echa encima pesadas mantas. Mientras, el adúltero ya está escondido, pues entró secretamente; impaciente por la espera calla y se rasca el carajo. ¿Acaso esperarías que la madre le transmita costumbres honestas, diferentes de las que ella misma tiene? A esta torpe vieja le es útil, desde luego, criar una hija con hábitos decentes”*¹⁵ (Juv. 6.230-240).

Es de resaltar el protagonismo que en algunos de estos fragmentos toma la mujer descrita por los autores, la cual llega a romper con la prerrogativa del silencio femenino y se expresa en primera persona, como ocurre en el *Épodo* 12. De nuevo la *anus* invierte los roles de género y se presenta como el sujeto dominante y activo. Esta dominación se consigue, en ocasiones, a través de la magia, asociada con mujeres viejas y normalmente repulsivas, expertas en rituales con objetivos dañinos y en filtros amorosos. Así, contamos con el ejemplo de Canidia, Sagana y Veya, descritas por Horacio (*Epod.* 5) mientras realizan un ritual nocturno que incluye el sacrificio de un niño, una horrible transgresión si tenemos en cuenta

14 *An possim uetulam quaeris, Matrinia: possum et uetulam, sed tu mortua, non uetula es: possum Hecubam, possum Niobam, Matrinia, sed si nondum erit illa canis, nondum erit illa lapis.*

15 Traducción de Manuel Balasch. *Desperanda tibi salua concordia socru. illa docet spoliis nudi gaudere mariti, illa docet missis a corruptore tabellis nil rude nec simplex rescribere, decipit illa custodes aut aere domat. tum corpore sano aduocat Archigenen onerosaque pallia iactat. abditus interea latet et secretus adulter inpatiensque morae silet et praeputia ducit. scilicet expectas ut tradat mater honestos atque alios mores quam quos habet? Utile porro filiolum turpi uetulae producere turpem.*

que una de las tareas más importantes de la mujer romana para con su sociedad era la del cuidado y crianza de los hijos.

A través de las representaciones que los autores clásicos hacen de la vejez femenina, se aprecia cómo la sexualidad excesiva, la carencia de instinto maternal, la nocturnidad, y la cercanía con la muerte convierten a las *anus* en mujeres transgresoras equiparables a monstruos que representan “los valores opuestos al ideal patriarcal de feminidad y proyectan las supuestas debilidades y maldades que las mujeres pueden desatar de manera consciente o inconsciente” (Beteta Martín, 2014: 294). Si la transgresión de la norma establecida en la vejez supone ya un objeto frecuente de burla en el mundo romano (Cascajero, 2000: 15), la situación se agrava en el caso de las mujeres. Vemos así como “estos cuerpos femeninos, cuya repulsión es descarnada e indecorosamente expuesta mediante el discurso del ego, merecen ese terrible castigo social que es la risa. En tanto que castigo y elemento represor de una sexualidad repugnante y un apetito erótico siempre insatisfecho, la risa masculina opera como restauradora de la humanidad, como el triunfo de la cultura sobre el apetito animal” (Nasta, 2011: 251).

Situadas al margen de los principales roles de género existentes en Roma, el del hombre público y guerrero y el de la mujer *pudica*, asociados a la etapa reproductora de la vida, los textos a los que hemos hecho alusión muestran cómo las mujeres viejas se encontraban en un estado liminal o ambiguo (LaFosse, 2011: 124) en el que habían cumplido con lo que la sociedad les exigía como madres de nuevos ciudadanos, pero se les seguía pidiendo que se adhiriesen a los estándares femeninos. Así, mientras el *senex* contaba con una experiencia intelectual que lo convertía en una figura de autoridad, lo único que la *anus* ganaba con el tiempo era maldad para eludir las normas marcadas por la sociedad (Mencacci, 2006: 157). Una excepción positiva para la romana madura sexualmente activa puede encontrarse quizás en la siguiente cita de Ovidio:

“...ellas tienen mayor pericia en la acción y poseen lo único que engendra artistas, la experiencia. Ellas arreglan con refinamiento los desperfectos de los años (...) a tu gusto hacen el amor en mil posturas: ninguna pintura enseña más modalidades. Con ellas se experimenta el placer, sin previa provocación”¹⁶ (*Ars am.* 2.675-682).

CONCLUSIONES

A lo largo de las anteriores páginas hemos visto cómo los autores romanos configuraron una imagen de mujer vieja libidinosa, muchas veces rica o relacionada con la magia, que tomaba el control de su sexualidad e invertía los roles de género preestablecidos. Estos personajes trascienden la parcela del humor y adquieren una función moralizante, de *exempla* de *impudicitia*. Los diversos autores tienden a repetir los mismos estereotipos, colocados en espacios relacionados con lo nocturno y lo grotesco, de forma que en muchas ocasiones no podemos saber qué hay de real en las representaciones de esas mujeres fuera del recurso narrativo.

Si bien la legislación, la medicina, y textos de carácter personal como las cartas muestran una preocupación concerniente a la sexualidad de la *matrona* por su capacidad reproductiva, es una preocupación que desaparece llegada la menopausia. El hecho de que la sociedad romana no concibiese como posible la sexualidad femenina en la vejez lo muestra el que las fuentes literarias relativas a la misma presentan a sus protagonistas de forma caricaturesca, e insisten en que sus pretensiones se encuentran fuera de lugar debido a su edad. Las pocas excepciones que encontramos, como ocurre con Ovidio, remiten de nuevo a la sátira, a la figura de la prostituta envejecida o de la viuda a la que se acercan los cazafortunas. No obstante, podrían relacionarse también con una sexualidad íntima, la de aquella pareja que envejece junta a la que hacíamos alusión, de la que no se hablaba y que por tanto no ha llegado hasta nosotros.

Finalmente, no podemos olvidar que se trata, en todos los casos expuestos, de fuentes de autoría masculina, fuertemente condicionadas por su intencionalidad cómica o su objetivo de idealizar la relación amorosa entre la *puella* y el poeta. La imagen que se nos muestra de las mujeres aludidas proviene de la perspectiva de los hombres, la cual representa como objeto sexual el cuerpo de la *puella* y como fuente de procreación el cuerpo de la *matrona*, repudiando el de la *anus* por considerarlo sin propósito. Así, nos restaría conocer cuál era la opinión que las romanas tenían acerca de su propia vida sexual en la vejez y comparar esta opinión con los estereotipos presentados en las anteriores páginas.

FUENTES CLÁSICAS

- Ael. *NA* = Claudio Eliano. 1989. *Historia de los animales*. Edición de José Vara Donado. Madrid: Akal.
- App. *Pun.* = Apiano. 1980. *Púnica*. Introducción, traducción y notas de Antonio Sancho Royo. Madrid: Gredos.
- Apul. *Apol.* = Apuleyo. 1980. *Apología*. Introducción, traducción y notas de Santiago Segura Munguía. Madrid: Gredos.
- Apul. *Met.* = Apuleyo. 1992. *Metamorfosis*. Estudio literario, traducción y notas de Santiago Segura Munguía. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Cic. *Off.* = Los deberes. 2014. Traducciones, introducciones y notas de Ignacio J. García Pinilla. Madrid: Gredos.
- Cic. *Sen.* = Cicerón. 1991. *Sobre la vejez*. Introducción, traducción, apéndice y notas de Ávaro D’Ors. Madrid: Gredos.
- Hor. *Carm.* = Horacio. 2005. *Odas*. Traducción de Ana Pérez Vega. Sevilla: Los Clásicos de Orbis Dictus.
- Hor. *Epod.* = Horacio. 2005. *Épodos*. Traducción de Ana Pérez Vega. Sevilla: Los Clásicos de Orbis Dictus.
- Juv. = Juvenal. 1991. *Sátiras*. Introducciones generales de Manuel Balasch y Miquel Dolç. Introducciones, traducciones y notas de Manuel Balasch. Madrid: Gredos.
- Liv. *Per.* = Tito Livio. 1995. *Periocas*. Introducción, traducción y notas de José Antonio Villar Vidal. Madrid: Gredos.
- Mart. = Marcial. 2003. *Epigramas*. Texto, introducción y notas de José Guillén. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Ov. *Am.* = Ovidio. 1989. *Amores*. Traducción, introducción y notas de Vicente Cristóbal López.
- Ov. *Ars am.* = Ovidio. 1989. *El arte de amar*. Traducción,

16 Traducción de Vicente Cristóbal López. *Adde, quod est illis operum prudentia maior, solus et artifices qui facit, usus adest: Illae munditiis annorum damna reperiunt (...) Utque velis, venerem iungunt per mille figuras: Invenit plures nulla tabella modos. Illis sentitur non iritata voluptas.*

- introducción y notas de Vicente Cristóbal López. Madrid: Gredos.
- Plaut. *Cist.* = Plauto. 1996. *La cestita*. Introducciones, traducciones y notas de Mercedes González-Haba. Madrid: Gredos.
- Plaut. *Curc.* = Plauto. 1996. *Gorgojo*. Introducciones, traducciones y notas de Mercedes González-Haba. Madrid: Gredos.
- Plin. *Ep.* = Plinio el Joven. 2005. *Cartas*. Introducción, traducción y notas de Julián González Fernández. Madrid: Gredos.
- Plin. *HN* = Plinio el Viejo. 1995-2010. *Historia natural*. Traducción y notas de Antonio Fontán, Ana María Moure Casas, Ignacio García Arribas, Encarnación del Barrio y M. Luisa Arribas. Madrid: Gredos.
- Prop. = Propertio. 1989. *Elegías*. Introducción, traducción y notas de Antonio Ramírez de Verger. Madrid: Gredos.
- Sor. *Gyn.* = Soranus. 1956. *Gynecology*. Translated by Owsei Temkin. Londres: Johns Hopkins University Press.
- Tib. = Tíbulo. 1993. *Elegías*. Introducciones, traducciones y notas de Arturo Soler Ruiz. Madrid: Gredos.
- Val. Max. = Valerio Máximo. 1988. *Los nueve libros de hechos y dichos memorables*. Edición de Fernando Martín Acera. Madrid: Akal.
- REFERENCIAS**
- Beauvoir, Simone de. 1996. *The Coming of Age*. Londres-Nueva York: Norton.
- Bertman, Stephen. 1989. The Ashes and the Flame: Passion and Aging in Classical Poetry. En Falkner, Thomas M. y Luce, Judith de (eds.) *Old age in Greek and Latin Literature*, 157-171. Nueva York: State University of New York.
- Beteta Martín, Yolanda. 2014. La sexualidad de las brujas. La deconstrucción y subversión de las representaciones artísticas de la brujería, la perversidad y la castración femenina en el arte feminista del siglo XX. *Dossiers Feministes*, 18: 293-307.
- Cabrera Barbero, Silvia. 2009. Valoración de los factores psicosociales que afectan a la sexualidad en la vejez. *Informaciones Psiquiátricas*, 195: 101-138.
- Cantarella, Eva. 1995. La sexualidad de la mujer romana. En Pérez Jiménez, Aurelio y Cruz Andreotti, Gonzalo (eds.) *Hijas de Afrodita: la sexualidad femenina en los pueblos mediterráneos*, 115-130. Madrid: Ediciones Clásicas.
- Casamayor Mancisidor, Sara. 2015. Tacita Muta y el silencio femenino como arma del patriarcado romano. *Panta Rei*, 5: 27-41.
- Cascajero, Juan. 2000. Grupos de edad y relaciones de dependencia en la oralidad antigua. La vejez en los restos orales. En Myro, M. Mar; Casillas, Juan Miguel; Alvar, Jaime y Plácido, Domingo (eds.) *Las edades de la dependencia durante la Antigüedad*, 1-12. Madrid: Ediciones Clásicas.
- CIL (*Corpus Inscriptionum Latinarum*) Open Access. 2016. Consultado el 20/01/2016. <http://arachne.uni-koeln.de/drupal/?q=en/node/291>.
- Cokayne, Karen. 2003. *Experiencing old age in Ancient Rome*. Londres: Routledge.
- Dean-Jones, Lesley Ann. 1994. *Women's Bodies in Classical Greek Science*. Oxford: Oxford University Press.
- Diers, Carol J. 1974. Historical trends in the age at menarche and menopause. *Psychological Reports*, 34: 931-937.
- Dixon, Suzanne. 2003. Sex and the Married Woman in Ancient Rome. En Balch, David L. y Osiek, Carolyn (eds.) *Early Christian Families in context: An interdisciplinary dialogue*, 111-129. Cambridge: B. Eerdmans Publishing.
- Echevarría, Isabel. 2003. Acerca del vocabulario español de la animalización humana. *Círculo de lingüística aplicada a la comunicación*, 15.
- Falkner, Thomas M. y Luce, Judith de (eds.). 1989. *Old age in Greek and Latin Literature*. Nueva York: State University of New York.
- Freixas Farré, Anna y Luque Salas, Bárbara. 2009. El secreto mejor guardado: la sexualidad de las mujeres mayores. *Política y sociedad*, 46: 191-203.
- García González, Francisco. 2006. *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La-Mancha.
- Giró Miranda, Joaquín. 2011. El significado de la vejez. En Giró Miranda, Joaquín (coord.) *Envejecimiento y sociedad. Una perspectiva pluridisciplinar*, 19-45. Logroño: Universidad de la Rioja.
- Harris, Rivkah. 2000. *Gender and Aging in Mesopotamia: The Gilgamesh Epic and Other Ancient Literature*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Hemelrijk, Emily A. 2012. Fictive Motherhood and Female Authority in Roman Cities. *EuGeStA*, 2: 201-220.
- Huebner, Sabine R. 2013. *The Family in Roman Egypt. A Comparative Approach to Intergenerational Solidarity and Conflict*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Iacub, Ricardo. 2004. Erotismo y vejez en la cultura greco-latina. *Revista Brasileira de Ciências do Envelhecimento Humano*, 84: 84-103.
- Johnson, Paul y Thane, Pat (eds.). 1998. *Old Age from Antiquity to Post-Modernity*. Londres: Routledge.
- Krafft-Ebing, Richard von. 1939. *Psychopathia Sexualis*. Nueva York: Pioneer Publications.
- LaFosse, Mona. 2011. *Age Matters: Age, Aging and Intergenerational Relationships in Early Christian Communities, With a Focus on 1 Timothy 5*. Universidad de Toronto, tesis doctoral inédita.
- Langlands, Rebecca. 2006. *Sexual Morality in Ancient Rome*. Cambridge: Cambridge University Press.
- López Pulido, Alfonso. 2008. Fragmentos literarios sobre la Ancianidad en Roma. *Revista de enfermería gerontológica*, 12: 6-25.
- López Pulido, Alfonso. 2015. *La ancianidad en la Antigüedad clásica*. Madrid: Sociedad Española de Enfermería Geriátrica y Gerontológica.
- Luce, Judith de. 1993. Theme and variations in the *De Senectute*. *Journal of Aging Studies*, 7: 361-371.
- Martínez López, Cándida. 1994. La virginidad en las jóvenes de la Antigua Roma. *Arenal*, 1: 169-184.
- Masters, William y Johnson, Virginia E. 1966. *Human sexual response*. Boston: Little Brown.
- Mattioli, Umberto. 1995. *Senectus. La vecchiaia nel mondo classico*. Bolonia: Pàtron editore.
- Mencacci, Francesca. 2006. «Mala aetas nulla delenimenta iuvenit». Donne, uomini e vecchiaia nella letteratura latina. *Storia delle donne*, 2: 141-158.
- Minois, Georges. 1987. *Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*. Madrid: Nerea.

- Morgado García, Arturo. 2011. Una visión cultural de los animales. En Morgado García, y Rodríguez Moreno, J. Joaquín (eds.) *Los animales en la historia y en la cultura*, 13-41. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Nasta, Marcela. 2011. Cuerpos repulsivos: invectiva y afirmación genérica en Horacio, *Epodos* 8 y 12. En Schniebs, Alicia (coord.) *Discursos del cuerpo en Roma*, 231-252. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Palacios, Jimena. 2014. Miradas romanas sobre lo femenino: discurso, estereotipos y representación. *Asparkia*, 25: 92-110.
- Parkin, Tim G. 2003. *Old age in the roman world. A cultural and social history*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Plescia, Joseph. 1976. *Patria potestas* and the Roman Revolution. En Bertman, Stephen (ed.) *The Conflict of Generations in Ancient Greece and Rome*, 143-169. Ámsterdam: Grüner.
- Richlin, Amy. 2013. Sexuality and History. En Partner, Nancy y Foor, Sarah (eds.) *The SAGE Handbook of Historical Theory*, 294-310. Londres: SAGE.
- Santamarina Vaccaai, Cristina. 2011. La imagen de las personas mayores. En Giró Miranda, Joaquín (coord.) *Envejecimiento y sociedad: una perspectiva pluridisciplinar*, 47-76. Logroño: Universidad de La Rioja.
- Shelton, Jo-Ann. 2013. *The Women of Pliny's Letters*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Stone, Margaret. 2013. *Women, Ageing and Archetypes. Ideas, Images and Support on the Post-Menopausal Journey*. Sheffield: Wildtrack.
- Stratton, Kimberly B. 2007. *Naming the Witch. Magic, Ideology, & Stereotype in the Ancient World*. Nueva York: Columbia University Press.
- Torrego, Esperanza. 2014. La vejez en Roma: el reflejo y la vivencia. En Hernández Crespo, Rosa M. y Domínguez Monedero, Adolfo J. (eds.) *Las edades del hombre. Las etapas de la vida entre griegos y romanos*, 209-229. Madrid: Delegación de Madrid de la Sociedad Española de Estudios Clásicos.
- Walters, Jonathan. 1997. Invading the roman body: manliness and impenetrability in roman thought. En Hallett, Judith P. y Skinner, Marilyn B. (eds.) *Roman Sexualities*, 29-43. Princeton: Princeton University Press.
- Weg, Ruth B. 1983. Introduction: Beyond Intercourse and Orgasm. En Weg, Ruth B. (ed.) *Sexuality in the Later Years: Roles and Behavior*, 1-10. Nueva York: Academic Press.